



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social  
FUNLAM

## ALGUNAS REFLEXIONES DESDE EL PSICOANÁLISIS ACERCA DE LA GUERRA

**Manuel Alejandro Moreno Camacho**

Psicólogo Universidad de San Buenaventura Cali  
Estudiante de la Maestría en Sociología Universidad del Valle  
Profesor H.C. Facultad de Psicología,  
Universidad de San Buenaventura Cali.  
manuelonerom@yahoo.es

### Resumen

El artículo intenta pensar el fenómeno de la guerra como síntoma social tomando como punto de partida los desarrollos de Freud y estableciendo un diálogo con perspectivas más actualizadas que piensan las condiciones estructurales de la sociedad moderna y las manifestaciones actuales de la violencia como forma de relación social, desembocando en algunas claves para pensar el caso colombiano desde esta perspectiva.

*“La guerra es una práctica adoptada por la humanidad como suya, un goce siempre renovado y justificado en el Otro, sea desde el discurso del amo antiguo o desde el discurso capitalista, con la ciencia al servicio del mercado. Todos estos discursos pueden perfectamente pedir el sacrificio de la vida de los sujetos en su nombre, sea como guerra santa, o en nombre de valores como la patria y el hogar, o de cualquiera otra insignia grupal”*

(Marío Elkín Ramírez, 2005, p.185)

En sus apuntes explícitos con respecto al problema de la guerra, Freud se ocupa particularmente de considerar los efectos que ésta trae para la vida psíquica de las personas. En este campo, como en otros, los aportes de Freud pueden situarse de manera general en dos niveles: por una parte la vida cotidiana y el transcurrir de las actividades de las gentes, y por otra los casos particulares, vistos éstos últimos a la luz del avance en el conocimiento acerca de las neurosis. En principio me ocuparé de las consideraciones freudianas acerca de la vida cotidiana y su relación con el fenómeno de la guerra.

La primera de las impresiones de Freud frente a este asunto lo llevan a definir la guerra como una transgresión mayor (Freud, 1915), casi podría decirse que se refiere a un fracaso en relación con los ideales de la modernidad. Dicha transgresión se hace explícita en el hecho de que lo que se ha logrado como civilización se ve desmentido cuando la guerra estalla. Aquello que se ve desmentido, a saber: la regulación de los vínculos recíprocos entre los seres humanos, es llevado hasta el extremo en el fenómeno de la guerra y transgredido en el mayor sentido posible al dar muerte al otro. En este sentido la perspectiva evolucionista de Freud lo conduce a pensar que la guerra es el afloramiento de uno de los estados más primitivos de la cultura, aquel en el que la fuerza del uno por uno decidía las relaciones de dominación y el cual fue superado en buena medida con el paso el acto mismo de matar a la formulación de códigos de convivencia, leyes que regularan las relaciones de los individuos, la génesis del derecho (Freud & Einstein, 1933).

Así las cosas, la guerra como transgresión mayor trae para la humanidad dos efectos: una profunda desilusión y un cambio en nuestra actitud hacia la muerte (Freud, 1915). La desilusión esta dada en principio por lo mencionado anteriormente, pero además se evidencia en dos aspectos particulares: la ínfima eticidad que se pone de manifiesto en las actividades de la guerra, en el comportamiento de las naciones que participan de la misma, y la sorpresa que genera el hecho de que individuos civilizados puedan actuar con un grado tal de brutalidad para con sus semejantes.

Ahora bien, lo que Freud llama un cambio en nuestra actitud hacia la muerte ha de ser pensado como un cambio en relación con los ideales de la civilización, una arremetida de lo inconsciente en la cultura. La modernidad y su ambiente de regulación de los vínculos entre los seres humanos a través de la figura del Estado fracasan cuando entran en pugna las condiciones tan diversas en las que existen los pueblos y estalla un evento como la guerra, evento que en el decir de Freud “extirpa las capas más tardías de la cultura y hace que en el interior de nosotros nuevamente salga a la luz el hombre primordial” (Freud, 1915) y con ello su actitud hacia la muerte, es decir, ser héroes que no pueden creer en la muerte propia, señalar a los extraños como

enemigos cuya muerte debe procurarse o desearse y pasar por alto la muerte de personas amadas.

La obra de Freud en lo que respecta a sus escasas apreciaciones directas en relación con el tema de la guerra coincide con el estallido de la primera guerra mundial en 1914, el desarrollo y finalización de ésta en 1918, y todo el conflicto previo al estallido de la segunda guerra mundial en septiembre de 1939. Ahora bien, nuestro trabajo ha de dirigirse a dilucidar cómo las apreciaciones de este maestro y su descubrimiento del inconsciente pueden ayudarnos a comprender un poco más nuestro días. Para ello es útil articular este empeño a las aplicaciones de la teoría psicoanalítica en nuestra época y establecer así las conexiones pertinentes.

No deja de sorprender el hecho de que Freud adjudique a la guerra un afecto como la desilusión ¿Acaso la violencia del hombre contra el hombre es un fenómeno exclusivo de las guerras del siglo XX? Indiscutiblemente no, y es posible ver cómo a través de los tiempos la humanidad se ha preocupado por realizar esfuerzos de regulación de este fenómeno social en aras de la civilización. Algunas de las pruebas de dichos esfuerzos de regulación se pueden evidenciar en la invención del derecho, la institución de Dios, el advenimiento de la ciencia, la formalización del Estado moderno y más recientemente la autonomía de las leyes del mercado. La ciencia social por su parte se ha ocupado de comprender la particularidad de sentido que soporta un hecho social como la guerra y las formas de relación social que se configuran de acuerdo con una determinada época y lugar.

Algunos pensadores definen la guerra como “un acto de fuerza ejecutado por un poder social organizado, para obligar a un enemigo [otro] a someterse a su voluntad” (Shaw. Citado por Springer, 2005, p.21). Así mismo, la historia ha dado a conocer que la humanidad ha recurrido al recurso de la violencia organizada desde el comienzo de los tiempos, sin embargo, las que han cambiado sustancialmente a través de los siglos son las formas de organización (Springer, 2005). En este sentido, es claro que la guerra y sus formas particulares de materialización pueden ser entendidas como productos humanos susceptibles de ser estudiados a partir del análisis de las claves estructurales las sociedades.

Que la historia de la humanidad ha sido una historia de luchas es una perspectiva propuesta por Marx que ha permeado diferentes niveles de comprensión de las sociedades. El psicoanálisis y su relación con materialismo histórico no han estado por fuera de esta corriente de análisis, sin embargo su vía ha apuntado a dilucidar cuáles son las características subjetivas que alientan a los seres humanos a articularse a las luchas de su tiempo. Más allá de la dimensión explícita de la convicción en torno a unos ideales, el psicoanálisis descubre que en la base de todos los fenómenos llamados humanos reina la violencia impuesta por el orden del lenguaje.

Ahora bien, la sorpresa de Freud frente al estallido de las guerras de su tiempo tiene que ver con la aparatosa ruptura del pacto social construido y la imposibilidad de encontrar soporte para dicha ruptura, por lo tanto encuentra como resultado caos y desilusión. No eran estos los sentimientos de los hombres y mujeres del Medioevo cuando la violencia irrumpía en sus vidas cotidianas acompañada del nombre de Dios. La legitimidad atribuida a este padre lograba explicar el pasaje al acto y la destrucción del otro, pues los argumentos del orden social y el marco simbólico que cobijaba estas formas de lazo social resultaban ser de común acuerdo para todos, así estaba estructurado el pacto y su referente primordial -el referente de la Ley- estaba en los cielos.

Sin embargo, el advenimiento de la ciencia cartesiana en el siglo XVII fue destituyendo poco a poco a Dios de este lugar de regulación absoluta y “en el lugar del vacío de Dios, los hombres contemporáneos construimos el Estado moderno como la posibilidad de concentración del monopolio de las armas, del derecho a administrar justicia y a proteger al pueblo” (Ramírez, 2005, p.124). Pero la historia de nuestros días y la sorpresa evidenciada por Freud frente al estallido de la guerra han demostrado que la invención del Estado ha carecido de la legitimidad suficiente para llenar de sentido un vacío como el que ha dejado Dios a la humanidad. Así, el estallido de la guerra entre naciones de la que ha sido testigo la humanidad en el siglo XX puede ser equiparado al sentido atribuido a las guerras santas en la edad media, con la gran diferencia de que cuando se trata de Estados la fragmentación es mayor que cuando se trata de la fe.

Más grande aun es la sorpresa cuando nos topamos con la falla del Estado en nuestro país, es decir, su imposibilidad para garantizar la concentración del monopolio de las armas, del derecho administrar justicia y de proteger a los habitantes de su territorio. Como contraparte, asistimos a una constante y creciente privatización de las funciones de Estado y con ello cada vez más a una particularización de la Ley. En este orden de ideas, se observa para este tipo de contexto una mayor declinación de la figura ordenadora y como consecuencia de esto un afloramiento del sin sentido y el pasaje al acto, en la medida en que no atendemos a una voluntad única sino, en palabras de Mario Elkin Ramírez, a un dios personal (2005).

Diferentes analistas sociales coinciden en la idea de que lo que en Colombia entendemos como conflicto no es más que la irrupción de proyectos de Estados regionales contruidos por guerrillas, paramilitares o mafias que controlan órdenes sociales sujetos a parámetros muy distintos de aquellos de las sociedades modernas de mercado. Y el problema de fondo radica en la imposibilidad del Estado central para imponer su proyecto de orden social a lo largo de todo el territorio. (Ducan, 2009)

Esta postura va más allá del hecho de reconocer que el Estado colombiano a ha fracasado en su labor de concentración del monopolio de las armas, en la medida en que este fracaso de larga data en nuestra nación ha dado paso a un problema que se arraiga en el seno de la sociedad y configura las formas de lazo social. El fracaso del monopolio legítimo de la violencia por parte del Estado colombiano ha generado, no solamente la garantía del orden público por parte de otros entes que actúan en la periferia, sino el establecimiento de órdenes sociales disímiles entre periferia y centro. Las lógicas de intercambio fundamentadas en el negocio del narcotráfico y sus materias primas y la configuración de una economía marcada por la ilegalidad, alejan cada vez más algunas regiones de nuestro país de la posibilidad de integración al orden central.

Así las cosas, esta privatización de las funciones de Estado y la fragmentación entre órdenes sociales fundamentados en una base disímil, son prueba de que en nuestro país asistimos a un agotamiento de una figura

ordenadora-unificadora. Como contraparte de ello presenciamos desde hace décadas el advenimiento figuras particulares que ofertan llenar esta falta. Sin embargo, la historia reciente de nuestro país nos ha mostrado que ninguna de estas figuras ha gozado de legitimidad suficiente, cada una se hace a sus adeptos ocasionales, bien sea por la vía del terror o del clientelismo. No obstante el vínculo es frágil y cada actor puede ser remplazado por otro en una danza que es acompasada por el uso de la violencia indiscriminada.

### Referencias bibliográficas

Ducan, G. Una visión alternativa del conflicto colombiano. *Razón Pública*. Recuperado el 9 de Marzo de 2009, en <http://www.razonpublica.org.co>.

Freud, S. (1915). De Guerra y Muerte: Temas de Actualidad. En *Obras Completas, Volumen 14*, Buenos Aries, Argenina, Amorrortu.

Freud, S., & Einstein, A. (1933). ¿Por qué la Guerra? En *Obras Completas, Volumen 22*. Buenos Aries, Argenina, Amorrortu.

Ramírez, M. E. (2005). *Clío y psiqué. Ensayos sobre psicoanálisis e historia*. Medellín, Colombia: La Carreta Editores.

Springer, N. (2005). *Desactivar la guerra*. Colombia: Aguilar.